

2810

El Catolicismo

H-21

y la guerra

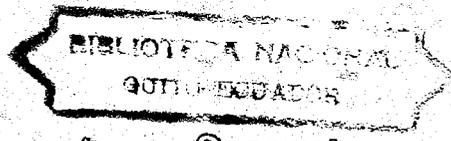
19

EN PROPIA DEFENSA

por el R. P. BRUNO IBEAS

DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN

Segundo artículo, reproducido de "España y América" N° del 15 de enero de 1916



QUITO-ECUADOR

TIPOGRAFÍA DE LA "PRENSA CATÓLICA"

1916

Envío de la "Prensa Católica"



El Catolicismo y la guerra

EN PROPIA DEFENSA

Por el P. Bruno Ibeas

Lejos me hallaba yo de suponer, al escribir el artículo que apareció con encabezamiento análogo al presente en el número 16, fecha 15 de agosto de 1915, de nuestra Revista, que había de levantar la polvareda que ha ocasionado. Respondiendo en él a la cortés invitación del Sr. Baudrillart, presidente de la Junta católica de propaganda francesa en el extranjero, hube de limitarme a exponer con toda claridad, a la castellana, lo que yo sentía acerca del punto sobre el que se me rogaba emitir juicio. Como si fuese el hablar con franqueza vicio nefando en los sacerdotes, o hubiésemos de hablar siempre, los que de tal carácter nos hallamos investidos, poniendo en la boca trocitos de mermelada o caramelos de los Alpes, ha habido señores de tan mansa condición y melífluo trato, que han sentido grande y triste sorpresa al leerme y que hasta me han puesto de oro y azul y cual no digan dueñas porque, según dicen, me he conducido harto destempladamente con franceses, ingleses y rusos, y no sé si también con indios, gurkhos, senegaleses, sikhs, kirgisos, chunguses y demás actuales y extraeuropeos defensores de la civilización greco-latina. ¡Cuitados varones que salieron a luz

para tocar plácidamente el sistro junto a la peana del Padre Eterno y tienen que habérselas, por mor de sus pecados y contra su natural y gustos, en las luchas desastrosas de la vida!... No he de interrumpirles de nuevo la paz del espíritu, haciéndoles ver que yerran en sus juicios sobre mi modo de proceder en la cuestión de autos, porque sé de ajeno y propio marte que intentar satisfacer a todos con obras y explicaciones o unirlos en ideas, equivale a proponerse nivelar los montes pasando la mano por sus cimas. Cada cual tiene su manera de ver y hacer las cosas—con frases más castizas lo expresaría si no temiese herir susceptibilidades púdicas merecedoras de acatamiento—, y si no me llena, la verdad, el carácter de los que hablan con los labios en pico de oboe y se conducen en sociedad impolutos y repolidos como perro de artista de variedades, tampoco me considero llamado a ejercer de juez con ellos. ¡Allá se las hayan los muy ecuánimes y mesurados con su peregrina creencia de que es necesario para oficiar de escritor católico hacer renuncia del sexo! Hay muchos que se deleitan con las producciones periodísticas de abad mitrado y setentón, y para subvenir a esta necesidad estética son imprescindibles escritores de aquel género. Sí, sí; conviene que en la prensa católica haya periódicos escritos con tinta de girasol perfumada y con selecta disolución de tanato férrico, vitriolado, y periodistas que canten villancicos y aleluyas y que toquen el fagot interpretando el *Rex tremendae*. ¡Pues hay vírgenes y mártires en el Cristianismo!...

Mas si renunció a registrar los ataques más o menos velados que de autores de casa he recibido, merced a la publicación de *El Catolicismo y la guerra, Nuestro pensamiento*, no resisto a la tentación de glosar lo que de mí han afirmado escritores de fuera. Dos son los que conozco, el Sr. Mousset y el Sr. Barrios, redactores de la *Revue Hebdomadaire* y de *América Latina*, respectivamente. Las razones que el primero aduce en contra mía, traduciéndome bastante mal, son tan flojas, que se reducen a decirme que tengo de las cuestiones actuales o planteadas por la guerra concepto o visión harto simplicista, recurso lógico al que acuden los franceses para combatir o rechazar las aserciones de sus adversarios, siempre que nada de fuste encuentran que oponer a éstos. Si el Arcipreste de Hita hubiese entablado polémica con escritores de allende el Pirineo, se habría visto en la precisión de repeler análogas minucias discursivas. ¡A qué, pues, consumir tiempo en desmoronar construcciones que de viejas se caen por sí solas? Dejemos al señor Mousset con su visión multiforme y complejísima de la realidad hasta que nos otorgue medios de salir de nuestro simplicismo.

No son más valederas que las del Sr. Mousset las razones con que intenta impugnarme el Sr. Barrios, pero quiero detener-

me a examinarlas aunque no sea más que por reforzar los juicios que en *El Catolicismo y la guerra, Nuestro pensamiento*, expuse.

*
* * *

Y comienzo por protestar de que ESPAÑA Y AMÉRICA se destine a llevar a ninguna parte «rencores políticos y apasionamientos enfermizos». ESPAÑA Y AMÉRICA es Revista que no cuenta con los miles de suscripciones que tiene, según el señor Barrios, *América Latina*; pero que está redactada en términos tan urbanos y cultos como cualquiera otra, y desde luego en estilo algo más español y gramatical que el que usan ciertas Revistas castellanas de Londres, verdaderas ametralladoras de la gramática y el buen gusto. Como no recibimos subvenciones de ningún género los que en ella escribimos, gozamos de absoluta independencia de criterio, y si alguna pasión nos invade, es la que engendra la verdad concebida a nuestro modo, en la forma especial en que cabe y puede cada uno de nosotros verla. ¿Qué rencor político seremos capaces de abrigar nosotros morando, como lo hacemos, fuera de todos los círculos y órbitas de la política? ¿Y de qué apasionamientos enfermizos se nos podrá culpar a nosotros, que profesamos por ley de vida el desarrollo sumo de las energías voluntarias? De ellos puede hacer culpables el Sr. Barrios a los moradores del barrio latino de París y aun a muchos de los del *Grand City* de Londres, pero ¡a nosotros! . . . Sobre que los apasionamientos enfermizos son fruta casi desconocida en España. Aquí hay apasionamientos fogosos, sañidos, bárbaros a estilo alemán, pero no enfermizos, y loado sea Dios por ello; no apasionamientos de pintamonas o curruñacos. Cuando en literatura o en sociedad aparece aquí algún boquirrubio embadurnado de cremas y expendiendo zumo de hojaldres, se le corre y confunde a guiños y sonrisas. Nada más que así, y ello basta para que él reniegue de remilgos y confituras y se virilice en porte y expresión, si es capaz. Invito al Sr. Barrios a que estudie nuestra manera de ser y escribir y me diga si me equivoco, y le invito especialmente a que relea el artículo que combate y la colección entera de ESPAÑA Y AMÉRICA y me aduzca un sólo ejemplo del apasionamiento blandengue de que me juzga poseído.

¿Pero no es mostrarse apasionado, dirá, sentar «la grave y absoluta afirmación» de que Francia no es católica? Al emitir tal aserto yo me basé, según el Sr. Barrios, «en algunos hechos pequeños, en lecturas apasionadas». ¡Vaya por Dios, y qué modo tan especial de leer usan algunos escritores! Yo dije, Sr. Barrios, que Francia no es católica porque no lo son sus institú-

ciones: Gobierno, prensa, matrimonio, etc. ¿Necesitaré demostrar que el Gobierno de Francia no es católico, que las fuerzas políticas del país manifiestan señalada e irreductible oposición al Catolicismo? ¿Qué partido sino el radical rige los destinos del pueblo francés de algunos años a esta parte? ¿Qué fueron las elecciones políticas de mayo de 1914, cuando se oían ya los rumores premonitorios de la actual guerra, sino triunfo raído de la coalición izquierdista y del colectivismo? Si tan grande e intenso es, como se dice, el resurgir del cristianismo en las conciencias francesas, ¿por qué los católicos y las clases afines en política al Catolicismo, conservadores, liberales e independientes, no lograron en aquellas elecciones más puestos en las Cámaras que los 76 que antes tenían, mientras los socialistas se conquistaron 36 nuevos? Por qué se consiente que las tres cuartas o más bien las cuatro quintas partes de la representación popular en las Cámaras pertenezcan a la Federación de las izquierdas y al partido radical unificado?

Examinemos en la fase que nos corresponde el carácter de otra institución francesa: la enseñanza. La enseñanza es la institución más fundamental de los pueblos y la que mejor sirve para estudiarlos o apreciar lo que son, cualquiera que sea el aspecto en que se los considere, sobre todo cuando la enseñanza es suministrada por el Estado y se toma por materia de estudio la enseñanza elemental, que es la de más influjo en las conciencias populares. Ahora bien, ¿qué significación religiosa tiene la enseñanza primaria en Francia? Absolutamente neutra en el sentido que a la palabreja daba el h. l. Mazé, es decir, absolutamente atea. Si de ello se dudare, recuérdese que en los libros de texto en las escuelas francesas se ha hecho borrar hasta el nombre augusto de Dios; que en el Congreso de Chambéry (1912) los maestros y maestras, después de cantar a voz en cuello la *Internacional* y hacer manifestaciones de rabioso radicalismo, determinaron asociarse a la Gran Confederación del trabajo y a *Au sou du soldat*, agencia de antimilitarismo, y que la Federación de *Amicales* de maestros, sindicalista roja, cuenta 98.000 socios entre los 125.000 maestros y maestras que posee Francia. ¿No se tiene noción del debate sostenido en el Senado francés en los últimos días de marzo y primeros de abril de 1914 sobre la enseñanza laica? Pues fué instructivo el tal debate. En él las teorías de J. Ferry sobre enseñanza se rechazaron por reaccionarias, a pesar de ser estrictamente laicistas, y hubo votaciones como éstas: 206 votos contra 47 (éstos de la representación conservadora), 226 contra 40, 192 contra 63. Con personal instructivo de aquel género y con tales teorías pedagógicas encarnadas en leyes por una mayoría abrumadora del Senado! francés, ¿qué formación religiosa corresponderá a la ju-

ventud francesa y cuáles los sentimientos que en relación con el Catolicismo abrigará Francia?

Del carácter religioso que la prensa, el matrimonio y las leyes tienen al otro lado del Pirineo no es preciso hablar: hasta los niños saben que los periódicos católicos representan allí en frente de los de oposición lo que los periódicos de Teruel comparados con los de Madrid; que el terror al hijo es máxima reguladora y hasta capítulo contractual de muchísimos matrimonios, y que por ley están prohibidas las manifestaciones del culto en las calles y las imágenes o signos religiosos en las escuelas, salas de justicia, hospitales y sitios públicos y dificultado el servicio de sacerdotes y religiosas en hospitales y lazaretos. ¿Son estos hechos, Sr. Barrios, «hechos pequeños»?—Sin duda el Sr. Barrios clasifica los hechos como las avellanas—Fundándome en ellos para deducir que Francia no es católica ¿me fundaré en lecturas apasionadas?

No obstante—responderá algún católico equilibrista de los que aquí tenemos para ofrecer el olivo en caso de apuro—Francia sostiene el culto y la enseñanza particular cristiana con esplendidez, contribuye generosamente al sostén del Vaticano y envía misioneros a todas las partes del mundo. Ello prueba a lo más que los pocos católicos franceses que existen son fervorosos y ricos. Y en lo que a las misiones respecta cabe otra contestación. Ha tiempo que me hurga en la cabeza y no pasa de hoy sin que la saque a luz. Son hoy legión los misioneros franceses y de ello me congratulo, lo han sido quizá en todas las épocas, bien, ¿pero qué han hecho esos enjambres de apóstoles? porque nosotros, los franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas españoles sin darnos postín hemos conquistado para Dios la América del Sur, las grandes Antillas y Filipinas modelo de cristiandades; los franceses ¿qué pueblos han evangelizado? Una de las Guayanas, parte de los Estados Unidos, el Canadá y las pequeñas Antillas y... ¡se acabó la serie! Y en el Canadá y las pequeñas Antillas nos decimos también parte nosotros. ¿Qué los misioneros franceses evangelizan el oriente? Y antes que ellos lo evangelizamos nosotros y hoy lo evangelizamos con ellos. ¿Qué acristianan el Africa? También nosotros les precedimos en esa obra y continuamos hoy realizándola. ¿A qué viene, pues, presentar a Francia como la única o la mejor creadora de predicadores de la fe? ¿Qué significa el asombro que muchos católicos españoles muestran al hablar de las misiones y misioneros franceses? Acaso ignorancia de lo que nosotros hicimos y hacemos en el mismo orden de cosas.

Cierta fase ético-religiosa del clero francés me suministra otro argumento corroborador del mal estado en que se encuentra el catolicismo en Francia. No me he de meter a juzgar las cos-

tumbres del clero, porque no soy el llamado a cumplir tal misión, ni el vigor de sus creencias, aunque me ofrecerían base para juzgarlas un poco débiles algunos de los sucesos ocurridos en el planteamiento de la famosa ley de separación y los muchos secuaces que el modernismo tuvo en las filas sacerdotales de Francia antes de ser condenado por Pío X; pero sí he de decir, porque en momentos como los presentes el eufemismo es cobardía y miseriuca moral, que el clero francés es tan enemigo de las Corporaciones religiosas como el Gobierno de su país. ¡Y son las Corporaciones religiosas en Francia y en todas partes «las niñas de los ojos de la Iglesia» según las llamó León XIII, el sostén más firme y el promotor más eficaz de la fe y del espíritu cristiano! Sé que muchos al oírme afirmar tales cosas han de abrir espantadamente los ojos, clausurarse los oídos y rasgar sus vestiduras en señal de protesta y escándalo, y que me han de combatir con textos de este libro y citas de aquella pastoral. ¡Pierden el tiempo! Ruego al que intente impugnarme que lo haga no con párrafos de éste y el otro señor, sino con referencias verídicas de lo que éste señor y el otro y el de más allá dicen en conversaciones de índole amistosa. La verdad huye generalmente del estrépito y no gusta de exhibirse en palcos y tribunas aunque sean de papel. A pesar de libros y discursos panegristas de las Corporaciones religiosas, los que a ellas pertenecemos estamos seguros de que en Francia y aquí—¡también aquí un tantico! los enemigos de enfrente no son los únicos que poseemos ni acaso los más terribles. Indicólo Canalejas entre dientes en una sesión del Senado y ¡vaya si tenía Canalejas olfato y pupila!

Posible es que diga el Sr. Barrios que todo eso de la decadencia y quizá desmoronamiento del Catolicismo en Francia era verdad antes de la guerra, pero no ahora; ahora han cambiado mucho las cosas allí. Y lo prueba—él que no se fija «en algunos pequeños hechos» ni «en lecturas apasionadas» transcribiendo frases del Cardenal Amette en las que se afirma que «en estos momentos el ejército francés es, no solamente un ejército admirablemente valeroso, sino que ciertamente—¡como abundan los entes por Londres!—en su conjunto es asimismo *un ejército cristiano*» y encareciendo las manifestaciones de fe vivísima que en la actualidad hacen las mujeres francesas, según ha podido ver el Sr. Barrios en viaje que poco ha realizó por Francia. Conocíamos la cita del Sr. Amette y otra semejante del Sr. Baudrillart inserta en su obra, pág. 218 de la traducción castellana. En la última, modelo de hipérbole o candidez—de todo hay en ella—se asegura por boca de un Cardenal de Roma, muy al corriente, por lo que se ve, de estas menudencias, que «el ejército francés es el más religioso de Europa y quizá de todos los que se han visto en el transcurso de la historia». Con lo cual el milagro de *la Mar-*

ne, como diría algún gacetillero, resulta comprensible y hasta necesario *spectata bonitate Dei*. ¿Habrá, no obstante, cristiano que dé crédito a esas citas? Porque sabiendo leer el capítulo que en *La Guerra alemana y el Catolicismo* consagra el Sr. Baudrillart al estudio de *La Religión en el ejército francés* se llega a conclusiones distintas sino opuestas. En la obra que editaron los alemanes, para responder a la francesa que acabamos de citar, hay también dos notas—apéndices que no tienen desperdicio (1); en el *A B C* del 15 del mes pasado escribió—desde París—el Sr. A. Insúa «que el soldado francés que vuelve de las trincheras agradece más un chiste que una máxima de moral» y en un artículo que apareció en Madrid dos o tres días después del mío y que redactó un francés que «conocía circunstancialmente la política y la vida francesa» se citan como «hechos significativos» de que no hay reacción alguna en Francia «la prohibición hecha por algunos coroneles, de que los soldados lleven medallas religiosas, y la retirada del frente de centenares de curas soldados que allí hacían propaganda, etc., etc.» Lo cual no está muy conforme que digamos con eso que se nos cuenta del ejército francés en materia de sentimientos religiosos. Pero aún sin textos Sr. Barrios, aun sin textos que oponer a las aseveraciones del Cardenal Amette y del Sr. Baudrillart, deduciría yo lógicamente que esas aseveraciones son inexactas y que padecen de optimismo exagerado, casi de infantilismo los que las sientan. Quien capisque un jeme en sicología de multitudes, según se dice hoy, debe saber a ciencia de pardillo avisado que las transformaciones morales colectivas no se verifican en una santiguada como reacción de explosivos. Siendo morosos y graduales los cambios de conciencia en los individuos ¿cómo es posible que se efectúen en las multitudes en forma brusca, del modo fulminante que, según algunos escritores franceses, se ha realizado la transformación interna del ejército de su patria? Si se quiere hacer simpática la nación francesa a los

(1) Apéndice VI, 2, 26 de mayo de 1915. Desde mediados de marzo se encuentran en la presente parroquia 50 prisioneros de guerra, 46 franceses y 4 belgas; los 50 son católicos. Cada segundo domingo se celebra Misa con sermón en francés para ellos. Por Pascua recibieron la santa Comunión ocho prisioneros; los demás no lo hicieron a pesar de haber sido solicitados a hacerlo.

Apéndice VI, 3, 27 de mayo de 1915. A principios de abril había aquí 50 prisioneros; para ellos, ya que la autoridad militar no permitía nada más, celebré el santo oficio de la Misa; a pesar de las solicitudes que se le hicieron, asistieron solamente de siete a diez individuos. Paulatinamente ha crecido el número de prisioneros hasta unos 200, a los cuales se añadirán 200 más, cuando las barracas estén listas. Unos 40 asisten a la Misa; tienen ocasión de confesarse con un Padre de Oventrop; desgraciadamente han aprovechado la coyuntura sólo 19. La mayoría son incrédulos, y desde la primera Comunión no han recibido los Sacramentos, y uno de ellos ni una sola vez en su vida. Repartíamos entre ellos buenas lecturas, *Le bon soldat* y otros, y de tiempo en tiempo les daremos ocasión para recibir la Sagrada Eucaristía.—*La Guerra alemana y el Catolicismo*.—*Defensa alemana contra ataques franceses*, pág. 146.

neutrales mostrándola, si no renovada, arrepentida de sus viejos extravíos, trabájese en buena hora con tal fin, pero con algo de arte, y no convirtiendo los indicios en pruebas apodícticas y los buenos deseos en realidades o actos. Por mucho que a los franceses les cueste admitir lo que en desdoro de su patria redundará, lo cierto es que Francia antes de la guerra estaba podrida y ahí están su teatro y su novela para demostrarlo, y una nación en decaimiento moral profundo no se redime ni reacciona así como así y en pocos meses. «Se ha venido hablando singularmente en España—añade el citado escritor francés—de la reacción francesa, pero en realidad tal reacción no existe... ni existirá». Aunque la última aserción parece de exagerada a los ojos de muchos, ella indica que la primera es axioma indiscutible para quien la formula. A Azorín, que venía defendiendo la tesis contraria, porque se ha erigido de algunos años a esta fecha en abogado de causas perdidas, le sentaron las dos afirmaciones como chorro de agua fría en este mes de Enero. No le hubiese sucedido eso sí, en vez de matar el ocio en discurrir sobre las teorías políticas de la *Actión Française* y de Maurras, se hubiese dado a penetrarse bien de la relación necesaria que siempre existe entre el cambio ético y el intelectual de los espíritus, o mejor de la dependencia a que está sometida en nosotros la ideología religiosa respecto de la práctica moral. Porque Francia no se ha regenerado en costumbres, no puede haberse regenerado en creencias. Quizá se regenere con el tiempo, que, hoy por hoy, no se ven motivos bastantes para desconfiar de su reconstitución cristiana, pero en la actualidad no ha hecho acaso más que consebir propósitos de mejora y en lo futuro la ha de ser difícil pasar de ahí. Alemania se encuentra desde este y otros puntos de vista en situación más ventajosa. Bárbaros son los alemanes, al decir de los franceses; pues bien, mientras los cultos de Roma se dedicaban a perseguir al Cristianismo o le menospreciaban, los bárbaros se convertían a montones, alzando con ello sobre la roca de la fe los cimientos del gran edificio de la civilización cristiana medioeval.

*
* *

En vez de ceder la victoria alemana en beneficio del Catolicismo según creo yo, juzga mi contrincante que cederá en daño de aquél. ¿Razón de este último aserto? Una muy sencilla: los germanos han cometido atrocidades en Bélgica y Francia y, como no es lícito suponer que las hayan cometido espontáneamente los católicos que en el ejército alemán luchan, porque se trata de actos que pugnan con nuestra fe, lógico es inferir que han sido forzados a cometerlas por el militarismo prusiano y «si hoy no le

importan las creencias de 26 millones de los suyos, mañana victorioso, brutalmente triunfante, ¿le importarán las de 260 millones de antiguos enemigos o extraños?» ¿No ven mis lectores ilación en el argumento? Tampoco yo la veo, aunque supongo que existirá, pues si bien no es raro topar con escritores que no han visto el forro de un manualet de Lógica, tengo para mí que el Sr. Barrios, se exceptúa de la grey. Es cierto que en esta ocasión demuestra argüir por el estilo de nuestro Campazas, cuando infería que Santa Ana fue abuela de la Trinidad porque dió a luz a la Virgen; pero, ¿a qué cazador se le escapa una liebre?

Lo malo para el Sr. Barrios es que su argumento, con ilación o sin ella, es falso porque son falsas las premisas en que lo funda. Los crímenes y brutalidades de los germanos en Bélgica y Francia constituyen en la actualidad excelentes elementos para escribir novelas policiacas o componer filmas de impresión, pero en escritos serios no se debe utilizar ni como material de erudito. ¡La crítica y el tiempo tienen que reformar mucho en lo que acerca de la guerra se ha publicado! ¿Sólo los alemanes, nada más que los alemanes, han realizado tropelías en los campos de batalla? Es que los franceses e ingleses, con su lucido acompañamiento de gentes de color, atacan y atacaron a sus enemigos con ejemplares de las Pandectas? Es que cada ruso se ha convertido del amanecer a la aurora en un Grocio con pieles o en un Cóncina de acción belicosa? Yendo más al fondo del asunto, ¿se ignora en Londres que el difunto vicerrector de Lovaina, Sr. Conraets, vive y come aún? ¿Se desconoce el contenido de algunos interrogatorios Jurados, por ejemplo, el de Richard Gruner, sobre la muerte y la causa de la muerte de algunos sacerdotes? No se sabe que algunas fotografías del álbum francés de propaganda — reproducidas en *América Latina*, por cierto, — han sido compuestas *ad captandum vulgus* y que frases como las de Goerres se han inventado? Pues aquí no se ignoran ni se desconocen esas cosas y se saben otras muchas más. De ahí que ante libros como *La Belgique Martyre*, de Pierre Nothomb; *Les Barbares a la Trouée des Vosges*, de Luis Colin; *Les procédés de Guerre des Allemands en Belgique*, de Henri Davignon, y... *La Guerra Alemana y el Catolicismo*, del Sr. Baudrillart, nos encogemos de hombros y decimos: ¡está bien!.. ¿Qué el Sr. Barrios, como el ignoto firmante del reciente artículo de *La Croix*, TRA los montes me lanza guisa de puntilla este ecuánime comentario: *devant une telle aberration et une telle mauvaise foi nous sommes désarmés?* Los latiguillos con puntas caen bien en los discursos de oposición parlamentaria, pero son fuegos fatuos en las contiendas de periódico. Mientras no se declare absurda, y ha de llover hasta entonces, la norma de juicio: *qui semel est mendax semper praesü-*

mitur mendax, tendré derecho a poner en cuarentena, y aun a negar en redondo las informaciones anglo-franco-belgo-servio-rusas. «Desde la ruptura de hostilidades—traducía de *L' Humanité* el *A B C* del 7 del pasado—nuestros grandes periódicos de información han publicado inexactitudes de tanto bulto y hasta tal punto han extraviado el juicio de sus lectores, que se explica perfectamente el que de buena fe pongan en duda los neutrales el valor de nuestras afirmaciones». Brindo el párrafo al S. R. L. C. Quizá descubra también en ese párrafo mala fe y aberraciones, aunque ¡como ha sido escrito por un compatriota de pupila reticulada! . . .

Respecto al militarismo alemán, muñeco que tanto sarandean los maese Pedros del retablo aliadista para engaño de tontos y admiración de espíritus de Menegilda, habría mucho que decir y no cabe ello en un artículo como el que redacto. Confieso que no he estado en Alemania y, por consiguiente, que no puedo hablar de ella, dejándome guiar de impresiones personales, pero he hablado con muchos que la conocen a fondo y sé por los libros que es nación donde la enseñanza está admirablemente organizada y donde, por lo mismo, la instrucción es muy general e intensa en los ciudadanos de toda clase, y que ha tenido filósofos, historiadores y científicos de extrema osadía de pensamiento jamás por nadie coaccionada, y una nación de esa índole no se deja subyugar por algunos centenares de sargentos de luengo espadón e hispídos mostachos. ¿Se quiere decir, al hablar de militarismo en Alemania, que autoridad y pueblo se han combinado y entendido allí para constituir un organismo social férreo de íntima trabazón y sólida masa, capaz de resistir la brusca y vigorosa acometida de los otros pueblos coaligados y enemigos? Cambiemos entonces de nombre porque eso no es militarismo, sino ayuntamiento de energías morales con relación a un fin común. El militarismo significa predominio arbitrario y omnímodo de las clases armadas sobre las civiles, y si de algún pueblo es dable afirmar que los elementos civiles y los militares viven en penetración íntima de afectos e ideas, es del pueblo alemán. Caso de que no fuese así ¿cómo se concebiría el hecho de que a los varios millones de soldados regulares que en pie de guerra y cobnatiendo tiene Alemania se hayan añadido dos millones más de voluntarios? ¿Cómo la presteza con que han acudido los alemanes desde todas las partes del mundo al llamamiento de su patria comprometiendo a veces la propia vida? ¡Y se habla de destruir el militarismo alemán como si se tratase de algo superpuesto a Alemania! El militarismo alemán es fe, ciencia, ley, moral y arte organizados; suma de todos los valores de un pueblo, o mejor, un alma colectiva que ansía irradiar, extravasarse de sus dominios porque los juzga ruines para el ejercicio de un poder. Destruir ese milita-

rismo significaría arrancar de cuajo en la selva de la Humanidad el árbol frondoso de la raza germánica, borrar en el mapa del mundo la noble y gloriosa nación a que han dado origen el esfuerzo y la inteligencia incomparables de los Hohenzollern. ¿Hay quién se atreva a hacerlo? Y supuesta la posibilidad de hacerlo, ¿es lícito intentarlo siquiera?

Entendido el militarismo según es en Alemania, organización, método, horror al barullo, a la desidia y a la suerte en forma de lotería de Pascuas, no acierto a sospechar qué males puede infligir al Catolicismo. ¿Quizá la militarización de éste, según decía en su carta de propaganda el Sr. Veuillot, no comprendiendo, sin duda, todo el alcance del aserto? No constituiría ello un mal, sino un gran bien para el Catolicismo. Cuanto más firme e intensa sea la organización de la actividad católica, único elemento militarizable en el Catolicismo, tanto mayor influjo adquirirá él sobre las almas. ¿Quizá una persecución oficial que contra el Catolicismo desencadenarían los elementos no ortodoxos de Alemania, exaltados en su fe por la victoria de las armas imperiales? Tal supuesto es de todo punto inverosímil, como dijimos en el artículo anterior. El primer efecto de esa victoria sería, a buen seguro, la compenetración más profunda de los alemanes de los diferentes credos sobre el altar del ideal patriótico por el que todos han derrochado instintivamente sangre y energías. Correr peligros en común o lograr a una sonados triunfos, es lo que más fusiona los corazones. Además, el catolicismo alemán sabría contener dicha persecución, si se realizase. Ha dado pruebas fehacientes de que puede y sabe hacerlo, y la vida exuberante que muestra en la actualidad es garantía segura de lo que haría. Precisamente en el terreno religioso es donde mejor ha manifestado el alemán las dotes organizadoras que distinguen a su raza.

Quedamos, pues, en que el militarismo alemán no sirve de alarma ni de pesadilla a ningún católico que sepa contar los dedos de la mano.

* * *

Más que mis «apasionamientos enfermizos» contra Francia han herido el alma, naturalmente pacífica y bondadosa, del señor Barrios, los ataques injustos de que en mi artículo, tantas veces citado, hice objeto a Inglaterra. Mi juicio sobre esta nación sólo es explicable, habida cuenta de la longitud que tiene el Canal de la Mancha y del desconocimiento que entre nosotros hay del idioma inglés. Los españoles conocemos a Inglaterra «a través de malas traducciones o apasionados comentarios», lo que equivale a decir, si se me alcanza algo del lenguaje de Castilla,

que desconocemos a Inglaterra por no visitarla y no hablar o traducir tan siquiera el inglés.

A esto replico, que no es absolutamente necesario visitar un país y hablar su lengua para conocerlo; ni con sólo visitarlo y hablarla se le conoce. ¿Cuántos no recorren extraños suelos y aun viven en ellos varios lustros, y tornan al propio, sabiendo a lo más algún que otro pormenor de salón, callejuela y clima? Un poquito de espuma de cerveza filosófica en el cerebro, hé aquí todo lo que han logrado adquirir bastantes españoles que por Alemania han viajado. ¡Y si se dijera lo que han adquirido los americanos recorriendo las calles de Londres y París!...

Suponer que basta, para formarse idea cabal de un pueblo, hablar su idioma y visitarlo, es juzgar que están en las mismas condiciones para conocer un museo el payo que lo recorre con tres cuartas de boca abierta y exclamando ante cada obra artística: ¡uy qué bonito!, y el artista que lo estudia examinando fotografías y leyendo libros de crítica.

Pero al fin importa poco, en la cuestión que discutimos, determinar la preparación y las dotes del buen conocedor de países, y poner en claro si los españoles hemos o no discurrido muchas veces a través del Canal de la Mancha y si hablamos o no hablamos el inglés. La minucia la sacó a cuenta el señor Barrios para decirme que desconocía yo a Inglaterra, y dentro de ésta el progreso constante del Catolicismo; es decir, que erré al afirmar que Inglaterra es foco de la anarquía protestante. Esto es por ende lo que nos interesa dilucidar.

Y en verdad que de algunos decenios a esta parte el Catolicismo ha ganado mucho terreno en la Gran Bretaña. El movimiento de Oxford no se extinguió con la vida de los insignes varones que lo iniciaron, sino que continúa efectuando en las conciencias inglesas una renovación, que se parece mucho a un lento retorno a la verdad católica. La importancia que el Ritualismo tiene hoy en la Iglesia anglicana y la relativa libertad que otorga el Gobierno inglés a los católicos son prueba de ello. Mas en ese mismo renacimiento católico de Inglaterra hay cierta laxitud, cierta atonía que disminuyen el entusiasmo y las esperanzas que pudiera hacer concebir. No es renacimiento agresivo y de conquista, sino meticoloso y bonachón. Ninguna de aquellas sacudidas fecundas, de aquellos arranques fogosos que le distinguieron en la época de Newman le distinguen; ningún hombre superior está al frente de él. Así, mientras el catolicismo alemán hierve en vida y energías, que se manifiestan en esos congresos anuales imponentes, donde sacerdotes, políticos, profesores y obreros discuten en común asuntos de organización, disciplina y catequesis; en asociaciones numerosas que extienden por la nación entera el influjo de la doctrina social del Evangelio

y en poderosos y bien escritos diarios que el pueblo compra y lee, el catolicismo inglés se exterioriza únicamente en obras ordinarias de piedad, que no transponen los muros de los templos y acaso no emergen del recinto oculto de las conciencias. La situación del Catolicismo en Inglaterra es la del que respira desmayado en la planicie después de subir penosa montaña. Por ello su debilidad, mejor dicho, su impotencia para contener o desvirtuar movimientos de reivindicación anglicana como el habido en las tres naciones unidas durante el año de 1913. ¿Cree el señor Barrios que habría adquirido aquel movimiento la intensidad que logró adquirir, de haberse encontrado con fuerza vigorosa de oposición? Fué político, se dirá, y las agitaciones políticas conmueven superficialmente a las muchedumbres. Júzguese del carácter que tuvo por los versos de Rudyard Kipling que le sirvieron de bandera. Una estrofa de ellos rezaba así:

We know the war prepared
On every peaceful home;
We know the huls declared
For such as serve not Rome!

La transcribo en inglés para que vea mi contrincante que no necesito que me venga Ollendorf en mano a decirme lo que en Inglaterra ocurre.

De modo análogo puso de relieve y sin rodeos la tendencia de la agitación el Primado de Belfast al abrir—el 9 de abril—el congreso orangista de la misma urbe: «¡Dios Todopoderoso, dijo, libradnos de los inminentes y grandes peligros que nos cercan, y seguid defendiendo la verdadera religión contra los que pretenden destruirla!» Se trataba, pues, de una efervescencia ocasional y vigorosa del espíritu protestante o antiromano y no de una sacudida política, y la energía extraordinaria con que se manifestó bien a las claras muestra que, a pesar de los millones de católicos que posee Inglaterra, y de las conversiones numerosas que se complacen en contar frecuentemente *The Universe* y *The Missionary Gasette*, el protestantismo conserva allí vida pujante. Más que en Alemania. Como doctrina, en Alemania y en Inglaterra el protestantismo es hidra de cien cabezas; pero como fuerza social, si es despreciable en Alemania, no lo es en Inglaterra, donde agita aún multitudes, según se ve, con facilidad pasmosa. Gracias al carácter inglés, mezcla de exclusivismo y tradición, mantiene el primer puesto entre los factores sociales del Imperio europeo de Jorge V. No era otra la razón en que me apoyaba al decir que Inglaterra constituye, hoy por hoy, el primer foco del protestantismo en Europa.

Supongó que, dadas las precedentes explicaciones no se me dirá que calumnio a Inglaterra, como se me dice en el artículo

que vengo impugnando. Por cierto que la observación que más gracia me hizo en *Catolicismo y apasionamiento* fué esa, la de que nosotros, los que desconocemos a Inglaterra y a su idioma, la calumniamos. ¡Dios mío, calumniar a Inglaterra! Pero ¿es que es posible? Porque yo tengo mis repuntitas de historiador y geógrafo y extendiendo un mapa del mundo le veo colmado de puntos negros y rojos, o de puntos color de sangre antigua y sangre nueva, y sobre ellos flotando un pabellón bermejo y azul; y hojeando cualquier manualito de historia mundial topo a cada página con episodios en que el egoísmo puja y maltrata a la justicia; y ese egoísmo aparece, de cien casos, en ciento uno, con aire de *gentleman* y diciendo con frío aplomo *¡all right!* ¿Hay algún miope que no vea esos puntos? En Europa: Portugal, Gibraltar, Malta, Chipre; en Asia: Hon-Kong, Singapoore, Ceilán, los Estados de Malaca, la India; en Africa: Suez, Egipto, el Transvaal; en América: las islas Malvinas, la Guayana, la Colombia inglesa; en Oceanía: Australia Fidji. . . . El derecho gime como un condenado a horca al oír estos nombres elegidos entre mil otros que se podría citar. ¿No se conocen aquellos episodios? Pues los hay del género más variado que imaginar cabe. Recordémosles recientitos para no cansar la memoria: la campaña egipcia de Lord Kitchener modelo de campañas guerreras. . . . extincionistas; las expiaciones justicieras de Ondurman y Cawnpore realizadas contra individuos no ingleses y por el delito de no querer serlo; las tropelías de que fueron víctimas los peruanos cerca del Putumayo; los hechos nada gloriosos y poco conocidos de la guerra del Transvaal; el aherrojamiento brutal de la India sostenido merced a Dios sabe qué medios. . . .

«Toda nuestra historia clama al cielo», ha escrito recientemente un inglés—apasionado sin duda—en *Labour Leader*. Una nación de esta índole, ¿puede ser calumniada? Ante individuos sin memoria, claro que sí; pero nadie que goce de los cinco sentidos cabales sentirá disminuído un ápice el buen concepto que Inglaterra le merecé, al oír hablar de ella con enemiga. . . . ¡Sería curioso ver a un caballero ponerse fuera de sí porque oyó a otro llamar coqueta a una *hetaira!* ¡Ah! Pero «el católico sincero debe tener una—no dos—inmensa caridad del prójimo», me dice el Sr. Barrios citando palabras del Cardenal Gibbons. ¡Naturalmente! Nosotros los católicos á secas, y no «a la inglesa» ni a la americana, tenemos caridad con el prójimo siempre; más como se da la pícara casualidad de que el prójimo se divide a veces en explotado y explotador, nosotros, a fuer de católicos y por ser católicos, amamos al primero, anteponiéndole al segundo, porque así lo exige la justicia, que es base de todo amor racional, y dejaríamos de cumplir con nuestros deberes más esenciales, si así no lo hiciésemos. Al prójimo, enriquecido a costa de

las lágrimas de los demás, antes de amarle se le exige que devuelva al respectivo propietario lo que no es suyo, e Inglaterra es, en frase de Walter Newbold, «un reino conquistado por la fuerza y por la fuerza sostenido». De esta manera debe pensar y ejercer el amor todo católico, que no consiste el Catolicismo en tomar el ritual y hacer gorgoritos litúrgicos.

Excusado es decir que si estos sentimientos debe abrigar el católico, como católico, respecto de Inglaterra, los católicos españoles tenemos una razón más para abrigarlos y estimularlos. Porque siendo el patriotismo obligación que la fe me impone de modo directo e inconcuso, ¿con qué ojos he de mirar yo al que desde ha tres siglos viene burlando y ofendiendo mi sentimiento patriótico? ¿Cómo no he de anhelar que se destruya, que se aniquile el poder inicuo que en nombre de la fuerza, ejercida del modo más villano, recortó el mapa de mi patria, instalando en el extremo sur de ella un centro de piratería?

Habrán españoles que, por carencia de fe, carezcan también de patriotismo y juzguen preferible deleitarse los oídos con el sonajero de la libertad y la cultura a reivindicar los derechos que les pertenecen; pero quienes sientan en el espíritu el estremecimiento del amor a la patria, emanado del sentimiento de la fe inquebrantable y firme como la roca del Pilar, dando de mano a las cuentas de vidrio con que Inglaterra ha venido seduciendo largos lustros a bastantes cándidos igorrotos de chistera y hongo, jurarán odio eterno a Inglaterra, mientras ondee en el Estrecho un pabellón que no sea el rojo y gualda, ignominiosa y brutalmente arriado en el Estrecho desde hace más de una centuria. Y esta situación de ánimo no tiene nada que ver, Sr. Barrios, con eso de que «el deber y el dogma católico son los muros de uno y otro lado de los Pirineos, de los Vosgos y de los Alpes»—cosa que en este país de analfabetos se conoce desde que las madres nos enseñan sobre las rodillas el símbolo de los apóstoles—, o, mejor dicho, tiene mucho que ver, aunque en sentido contrario de lo que usted piensa. Porque es uno el dogma y otro el deber católico, no hay razas dominadoras y razas dominadas, como en Inglaterra se cree, y tienen perfectísimo derecho los que el yugo inglés padecen a sacudirlo, vertiendo sangre azul inglesa si es necesario; derruyendo el poderío inglés, injusto a todas luces, en el origen y en la práctica; acabando con esa nación que no tiene otros cimientos que el egoísmo y la soberbia. ¿No tienen por divisa nacional los ingleses *Justice and Fair-play*? Pues ¡justicia y libertad para todos! Sobre todo justicia, que a implantarla debe aspirarse según la moral católica aunque perezca, no Inglaterra, sino el mundo. *¡Fiat justitia et pércat mundus!*